

X

ANSIEDADES

QUINCE días habían transcurrido desde el paseo por Chantilly.

Germana no había vuelto á recuperar su perdida alegría.

Se mostraba tan activa como otras veces, solamente que se advertía un poco de agitación y de calentura en esta actividad.

Para las señoras, de cualquier clase que fuesen, desde la más humilde jornalera del barrio hasta las condesas que llegaban acompañadas por lacayos empolvados, estaba más amable que nunca.

Ponía toda su atención en el negocio de su ramo, tratando de distraerse con el trabajo; pero interiormente se sentía presa de las fatigas, del cansancio, del fastidio, de los descorazonamientos, que imprimían visibles huellas sobre su rostro.

Cuando por casualidad pasaba por delante de la caja de Josselin, ó cuando le encontraba en los pasillos á las horas de las comidas, bajaba los ojos y fingía no verle.

Si él la reconvenía por la distracción, enrojecía como una colegiala cogida en falta y se excusaba balbuceando:

—¡Perdón! Pensaba en un olvido que he tenido.

Otras veces decía:

—Tengo jaqueca; no distingo nada.

A veces, cuando él podía detener un momento á la segunda, la decía:

—Cuento los días: no faltan más que cuarenta y tres.

Ella hacía un ligero gesto, un poco triste, se encogía de hombros y se iba.

En varias ocasiones la había esperado por la noche á la salida de la tienda.

Era una procesión original la del personal, saliendo del enorme bazar, cuyas ventanas resplandecían con el gas y la luz eléctrica, y cuyos rayos iluminaban las aceras y las calles vecinas, como el resplandor de un palacio en fiesta.

A las ocho en punto se oía en todo el barrio un ruido estridente.

Era el de las pesadas armaduras de hierro, parecidas á las antiguas compuertas de las fortalezas, que se cerraban rechinando en las cuatro fachadas del monumental edificio.

Las aceras se quedan sumidas en la obscuridad, mientras que la iluminación continúa en los pisos superiores.

Por los grandes vanos se veía desde fuera un hormiguero de empleados, que se apresuran á arreglar los paquetes, doblar las telas y cubrirlas.

Entonces empezaba el desfile por el grandioso portal de la calle de Sèvres, que sigue iluminado, en presencia de los patrones de servicio.

Parecen batallones que se suceden á intervalos desiguales, bajo las órdenes de los oficiales que mandan su compañía de empleados.

Hay especialidades más favorecidas las unas que las otras.

El recoger es más largo para las de la lencería que para las señoritas de los vestidos, para los jóvenes de las indianas que para los de los pañuelos,

Los prisioneros salen y emprenden sin tardanza su vuelo; en la calle los esperan los amigos, y tal es la exuberancia de vida de esta juventud, que á pesar del cansancio de todo un día de pie, sin otro descanso que el de las horas del almuerzo y de la cena, todavía se encuentran dispuestos para el placer, y en lugar de irse á dormir van á pasear, á jugar ó á divertirse de la manera que más los place.

Á muchos empleados en los días de prisas, de exposición ó de renovación de escaparates, no les dan la salida hasta las nueve, y á veces hasta las nueve y media; y esos días se suceden con frecuencia.

Durante una hora, lo menos, las calles vecinas se llenan de empleados.

Su desfile parece el de un ejército.

Es una barahunda de gente joven que sale riendo, charlando, bromeando, ó que se marcha del brazo hablando de sus negocios.

Las muchachas salen juntas y se dispersan á medida que se alejan del barrio, desgranándose como un rosario del que se sueltan las cuentas.

Las que no tienen familia en París están obligadas, hasta llegar á cierta edad, á vivir en las dependencias de la casa. Hay en ella hileras de cuartos cuidadosamente amueblados, donde tienen un albergue menos peligroso para su virtud que el que ellas pudieran tomar en la gran capital.

Josselin había espionado á Germana con frecuencia, tratando de romper el convenio que le había sido impuesto en Chantilly.

Pero ella había puesto el dedo sobre sus labios, y con un tono de reproche le había dicho:

—¿Qué es lo que me ha prometido?

Lo que había de cierto es que ella no quería oír hablar de amor.

En medio de aquel conflicto de pretendientes, confusa, insegura, tomó el partido de no escuchar á nadie.

Tampoco había contestado á la carta del duque.

Éste no se había dado por ofendido y le había escrito otra.

En términos, ya ligeros ó irónicos, ya conmovedores y apasionados, le describía sus sentimientos, defendiendo su causa con tal ardor, que empezaba á producir su efecto.

Cierto que el duque tenía en Germana misma un auxiliar que le prestaba un apoyo más poderoso que su elocuencia.

Estaba Germana en esa edad en que la mujer siente una necesidad irresistible de amar. La vida de Germana, vida de fatigas, de trabajo y de asiduidad; una vida casi monástica, exenta de alegrías, había podido retardar, pero no reprimir para siempre, la explosión de deseos de un poder irresistible.

«¿Qué sería de usted — la escribía Rochebonne — si me rechazara? Se casaría con uno de sus camaradas. Sin ninguna duda, estará usted solicitada por un gran número. Porque ¿quién será el que no se enorgullezca con poseerla? Pero al cabo de varios días, aunque ceda con placer á sus instancias, comprenderá al fin el engaño de que ha sido víctima. Daría un tesoro inestimable, y ¿qué recibiría en cambio? La mediocridad, á la cual se quiere condenar, es indigna de usted, y no tardaría en sentir sus sinsabores. Nacida para habitar palacios, vegetaría en el hogar de un

pobre; cuando con su distinción suprema podría sostener su rango en todas partes. El hombre, exceptuando algunos casos muy raros, adquiere el porte del medio en que ha sido educado ó en que vive, y usted se vería lastimada en su delicadeza al unirse con una naturaleza grosera, como lastima y aja á la sensitiva el contacto de un cuerpo extraño, ó las caricias de un escarabajo que se posa sobre su corola».

Y seguían juramentos de fidelidad, protestas de cariño, de ternura infinita; todas las frases engañadoras de los amantes que se ponen á los pies de la mujer á quien quieren arrancar el consentimiento, y á la que tratan despóticamente al día siguiente de su caída; declaraciones doblemente peligrosas por dirigirse á una pobre muchacha vencida á medias por el tedio de su soledad, y porque provenían de un hombre cuyas miradas le habían emocionado profundamente desde el primer instante, y al cual, en la inocencia de su admiración, estaba agradecida, por descender hasta ella para elevarla hasta él.

Una noche la portera la entregó, en vez de una carta, una cajita con su dirección; la caja tenía un aspecto modesto, con su envoltura de papel gris.

La cogió y se la llevó, haciendo cálculos acerca de lo que sería.

Pero, ya en su cuarto, vió que era un estuche de terciopelo azul, con la etiqueta de Fontana, y que contenía un par de solitarios para las orejas.

Los brillantes eran soberbios; el duque debía de haber pagado por ellos lo menos diez mil francos.

Entonces, en la soledad de aquel cuartito, se reprodujo esa escena eterna y verdadera en la



... y que contenía un par de solitarios
para las orejas,

que Margarita se prueba á solas en su cabaña las joyas del seductor.

Se contempló al espejo adornada con aquellos brillantes. En efecto, realizaban singularmente su hermosura. Con tales adornos, ¿es posible no parecer bonita? Veía chispear los brillantes en el espejo, á la luz de las bujías, y la daban escalofríos de placer. Por un instante sintió envidia de todas las mujeres que tienen el derecho de adornarse con esas brillantes y caras futesas y de brillar á los ojos de las otras, ante todo el mundo, sin que nadie las pueda criticar.

Exhaló un suspiro, y encerró los brillantes en su nido, proponiéndose devolverlos al que había tenido la audacia de ofrecérselos.

La audacia, sí: la palabra no era demasiado fuerte.

Se los devolvería.

Pero ¿cómo?

¿Á su hotel? ¿Y si la duquesa cogía el estuche? ¡Qué escándalo! ¡La duquesa podía volver al departamento de las modas! Compraba desde hacía algún tiempo un número asombroso de sombreros. Era una cliente que había que atender. Imperiosa, violenta, como ella la suponía, era de temer que se entregase á una cólera perjudicial á los intereses de Germana si sospechaba alguna cosa.

¿Qué diría el excelente señor Perrolet si sobreviniese un escándalo por causa de su protegida? ¿Y el señor Bouret, el dueño, tan bueno para ella?

Valía más esperar una ocasión para devolverlos; después de todo, la cosa no urgía.

Pudiera suceder que ella volviese á ver al duque, y entonces le entregaría su magnífico pre-

sente; magnífico — ¡verdaderamente magnífico y de príncipe!, — haciéndole comprender su imper-tinencia.

¿Es que la creía capaz de ser vencida por unas joyas?

No; ella era una muchacha honrada, que no tenía de qué avergonzarse. ¡No quería sucumbir! ¿Era culpa suya si aquel ocioso se empeñaba en perseguirla, en escribirla y en turbar su reposo?

¿Le había autorizado con una sola palabra, con un solo gesto, para que él se condujese de aquel modo?

Ni pensarlo.

Había estado atenta con él, y esto era todo, ¡pues nadie se enfada por una palabra galante! Sería demasiado ridículo.

Tiró los brillantes en el fondo de un cajón y no pensó más en ello.

Un día, á mediados de Julio, Germana salía de la tienda á la caída de la tarde.

Apenas serían las nueve. El cielo estaba sereno y estrellado; la temperatura era de una dulzura excepcional. Marchaba sola por el boulevard San Germán, y llegaba á la esquina de la calle Solferino, para ganar el puente, cuando vió una sombra en el rincón del malecón de Ors-ay, que se acercaba á ella.

No tuvo miedo, pues á la orilla del agua, bajo los árboles, había paseantes que respiraban el aire fresco, bañándose en la humedad de la noche, que caía como una verdadera lluvia, desquitándose de los ardores del día.

La sombra no parecía animada de malas intenciones, y no tenía el aspecto de esos rateros y pillos que desvalijan á los transeuntes solitarios.

Por el contrario, parecía elegante, bien vestida, con guantes de color claro y con un sombrero de última moda.

Cuando se encontró á dos pasos de la muchacha, la empleada del señor Perrolet se volvió involuntariamente y se estremeció, como si la hubiesen puesto en contacto con una pila eléctrica.

—Germana—dijo la sombra,—¿es que la asusto?

Era la voz del duque de Rochebonne.

XI

POSTRACIÓN

EL duque estaba delante de ella con la sonrisa en los labios, enseñando sus bonitos dientes blancos, y con un ligero bastón con puño de amatista, con el cual jugaba tranquilamente.

—Cójase usted de mi brazo—la dijo,—pues nos observan, y no quiero comprometerla.

¿Qué hacer?

Por los dos lados los grupos se acercaban.

Lo mejor era aceptar el ofrecimiento del duque y explicarse.

Y hacerlo en seguida y quitarle todas las esperanzas, que ella no quería autorizar.

Pasó su brazo bajo el del duque, y balbuceó algunas palabras en voz débil:

—Lo hago á pesar mío, señor... estoy desolada... Pero por un minuto solamente...

El duque le interrumpió:

—¿Por qué no me ha contestado?

—¿Cómo quería que lo hubiese hecho? Y además, ¿debía hacerlo?

—Haberme dirigido su respuesta á mi casa sencillamente.

Y añadió riéndose:

—Ya sabe usted dónde vivo, puesto que allí envía sus sombreros.

—No quise hacerlo. ¿Por qué se obstina en perderme? ¿Es eso generoso? ¿Es que no hay otras que serian felices aceptando sus ofrecimientos y sus regalos también? ¿Adónde se los debo mandar, pues ya comprenderá que no pienso quedarme con ellos? ¡Oh, no, de ningún modo! ¿Es que yo soy mujer para llevar brillantes?

—Son muy bonitos, ¿no es verdad, Germana? ¡Y qué bien la deben de estar!

Ella mintió; pero ¿quién no hubiese hecho otro tanto?

—No sé—contestó.—Pero esos brillantes no son más que para princesas.

—¿No es usted la mía? La quiero ver más guapa y más brillante que las otras.

—¡No! Yo seguiré siendo lo que soy, nada más; aunque tuviese ganas de ellos, no quiero parecer mejor que otras; esas alhajas se quedan para las que pueden llevarlas.

Se reponía poco á poco. La emoción que la había causado el encuentro que esperaba desde hacía algún tiempo, empezaba á desaparecer.

El duque la había ido llevando muy despacio hasta la calle de Poitiers, que en aquella hora estaba muy oscura.

—Dejemos esa miseria—la dijo—y esas chiquilladas, Germana. He querido tener esta entre-